

él falleció ya nada de entidad se hizo contra los bárbaros por ninguno de los capitanes Griegos; sino que armados unos contra otros, por las instigaciones de los demagogos y de los fomentadores de discordias, sin que nadie se pusiera de por medio para contener sus manos, se despedazaron con guerras intestinas, dando respiracion al Rey en sus negocios, y causando una indecible ruina en el poder de los Griegos. Ya más tarde Agesilao, llevando sus armas al Asia, dió algún paso en la guerra contra los Generales del Rey; pero sin haber hecho nada grande ó de importancia. Llamado otra vez por disensiones y disturbios de los Griegos, que de nuevo sobrevinieron, se retiró, dejando á los exactores de las Persas en medio de las ciudades confederadas y amigas; cuando no se vió que ni un mal correo ni un caballo se acercara á aquel mar, ni á cuatrocientos estadios, durante el mando de Cimon. Haber sido sus despojos traídos al Atica lo atestiguan los sepulcros que aun hoy se llaman Cimoneos. Tambien los Citienses honran un sepulcro de Cimon, por haberles encargado el Dios en cierta hambre y esterilidad; segun dice el orador Nausicrates, que no se olvidaran de Cimon, sino que le dieran culto y lo veneraran como á un ser supremo. Tal fue el General Griego.

El abuelo de Luculo habia obtenido la dignidad consular, y era tio suyo por parte de madre Metelo el llamado Numídico; pero su padre habia sido condenado en causa de soborno, y su madre Cecilia estaba notada de vivir con poco recato. La primera obra por donde Luculo se dió á conocer antes de pedir magistratura ninguna, y antes de tomar parte en el gobierno, fue la de hacer juzgar al acusador de su padre, Servilio el agorero, que habia malversado los caudales públicos: accion que á todos los Romanos les mereció elogios, teniendo siempre en la boca aquel juicio como una muestra de virtud. En general el hecho de acusar, aun sin particular motivo, no era entre ellos mal mirado; sino que se complacian en ver á los jóvenes perseguir á los malos, como á las fieras los cachorros de buena casta. Excitó tanto la curiosidad aquella causa, que en fuerza del concurso hubo caídas y algunos heridos; pero Servilio fue absuelto. Habíase ejercitado Luculo en hablar corrientemente ambas lenguas, griega y latina: así es que Sila, al escribir sus propios hechos, le dirigió la palabra, como á persona que sabia disponer y ordenar la historia con mayor perfeccion: porque su pronto y buen decir no se limitaba al uso preciso, á la manera de quien

El foro agita, cual atun las ondas,
y despues fuera de la plaza
En seco muere con trabada lengua;
sino que siendo todavia joven, habia adquirido ya, atraido de su belleza, aquella educacion esmerada, que se llama liberal. De anciano enteramente dedicó su ánimo, fatigado de tantas contiendas, al ejercicio y recreo de la filosofía, entregado á la investigacion de la verdad, por haber dado de mano en oportuno tiempo á la ambicion, á causa de su des-

avenencia con Pompeyo. Acerca de su afición á las letras se refiere además de lo dicho que siendo todavía mozo, con ocasión de cierta disputa que tuvo con el jurisconsulto Hortensio y el historiador Sisená, la que vino á hacerse un poco seria, se comprometió á escribir la guerra Marsica en verso ó en prosa en griego ó en latin, segun lo declarase la suerte; y parecé que esta determinó que fuera en prosa griega, pues que dura aun hoy una historia de la guerra Marsica escrita en esta lengua. Son muchas las pruebas que hay del amor que tenia á su hermano Marco; pero los Romanos conservan sobre todo la memoria de la primera; y es que con ser él de mas edad entre los dos, no quiso tomar parte solo en el gobierno; sino que esperó á que este se hallara ya en sazón, y entonces ganó de tal manera la afición del pueblo, que juntos fueron nombrados Ediles, sin embargo de que él se hallaba ausente.

Era todavía joven al tiempo de la guerra Marsica, y dió ya en ella muchos ejemplos de valor y de prudencia; pero las calidades que Sila apreciaba mas en él, eran su entereza y afabilidad: así le empleó desde el principio en los negocios que pedian grande diligencia, de los que fue uno el cuidado de la moneda. Por tanto él fue quien en la guerra Mitridática acuñó la mayor parte; la cual de su nombre se llamó Luculeya, y por mucho tiempo se empleó en los continuos cambios de los soldados para proveerse de lo necesario. Despues de esto, vencedor Sila por tierra en Atenas, como los enemigos le tuviesen cortado por el mar, en él que dominaban, y le interceptasen los víveres, llamó á Luculo del Egipto y la Libia, mandándole venir de allí con sus naves. Era esto en el rigor del invierno, y con tres barcas griegas y otras tantas galeras Rodias de dos bancos se arrojó al gran mar por entre las naves enemigas, que por lo mismo que dominaban, discurrían libremente

por todas partes; y sin embargo aportando á Creta, la agregó á la república; y hallando á los de Cirene en estado de insurrección, con motivo de sus continuas tiranías y guerras, los sosegó y arregló su gobierno, trayéndoles á la memoria aquella sentencia de Platon, que fue una especie de profecía. Porque rogándole, segun es fama, que les dictase leyes y diese á su pueblo una forma de prudente y justo gobierno, les respondió que era muy difícil dar leyes á los Cireneos mientras estuviesen en tanta prosperidad; pues nada hay mas indomable que un hombre engreído con su dicha; ni á la inversa nada mas dócil que el abatido por la fortuna: que fue lo que entonces hizo á los Cireneos sumisos á su legislador Luculo. De allí volviendo á hacerse á la vela para Egipto, perdió la mayor parte de sus barcos, tomándose los piratas; mas él se salvó, y fue magníficamente recibido en Alejandría, porque le salió al encuentro toda la armada, adornada primorosamente, como se ejecuta cuando navega el Rey; y Tolomeo, que era aun muy mozo, sobre manifestarle en todo el mayor aprecio, le dió habitacion y cumplido hospedage en su palacio, lo que nunca antes se habia hecho con otro General extranjero que allí hubiese arribado. En cuanto á la comida y demas gastos, no se le dió lo que á los demas, sino el cuádruplo; de lo que él sin embargo no consumió mas que lo preciso ni recibió los presentes que se le enviaron apreciados en ochenta talentos. Dícese que ni subió á Menfis, ni vió ninguno de los prodigios tan admirables y celebrados del Egipto, diciendo que estos eran espectáculos de gente desocupada y divertida; y no como él que habia dejado á su Emperador al raso, acampado en las mismas fortificaciones de los enemigos.

Retiróse Tolomeo de la alianza, temeroso de tener que hacer la guerra; y no obstante esto le dió naves que le acompañasen hasta Chipre; y saludán-

dole y obsequiándole en el mismo puerto, le regaló una esmeralda engastada en oro de las más raras y preciosas; y aunque al principio se negó á admitirla, haciéndole ver el Rey que estaba gravado en ella su retrató, temió rehusarla no se creyera que se retiraba enteramente enemistado y se le persiguiese en el mar. En la misma navegacion fue reuniendo gran número de naves de las ciudades litorales, á excepcion de las de aquellos que estaban dados á la pirateria; y dirigiéndose á Chipre, como alli se le asegurase que hechos al mar los enemigos le estaban esperando en los promontorios, retiró todas las lanchas, y escribió á las ciudades hablándoles de hibernaderos y de víveres, como que alli habia de pasar la estacion; mas luego que tuvo viento, levantando áncoras, se hizo de repente á la vela; y navegando de dia con los lienzos recogidos, y tendidos de noche, aportó salvo á Rodas. Proporcionándole naves los Rodios, persuadió á los de Coos y Gnido que abandonando el partido del Rey, se le reuniesen para militar contra los de Samos. De Quio arrojó por sí mismo á las tropas del Rey, y dió libertad á los Colofonios, apoderándose de Epígono su tirano. Ocurrió por aquel mismo tiempo el que Mitridates abandonase á Pérgamo reducido á arrinconarse en Pitane: y como alli le tuviese encerrado y sitiado Fimbria, puso toda su atencion y consideracion en el mar, juntando y enviando á llamar las diferentes escuadras que por todas partes tenia, desconfiado enteramente de poder combatir y venir á las manos con Fimbria, hombre de suyo arrojado y que se hallaba vencedor. Previólo este, y hallándose sin armada, envió mensajeros á Luculo, rogándole que viniera con su escuadra y le ayudara á acabar con el mas contrario y mas guerrero de los Reyes: no fuera que de entre las manos se le escapase á Roma Mitridates, último premio de tantos combates

y trabajos, ya que él mismo se habia venido á ellas y metido en el garlito; pues si se le cogiese, nadie tendria mas parte en esta gloria que el que hubiera impedido su fuga, y le hubiera echado mano al querer escaparse; y el vencimiento se atribuiria á entrambos, al uno por haberle lanzado de la tierra, y al otro por haberle vedado el paso del mar, sin lo cual los tan celebrados triunfos conseguidos por Sila en Orcomene y en Queronea no les merecerian á los Romanos consideracion ninguna. Y en verdad que estas reflexiones eran muy puestas en razon, no habiendo nadie á quien se oculte que si entonces Luculo, que no se hallaba lejos, se hubiera prestado á los ruegos de Fimbria, y acudiendo con sus naves hubiera cerrado el puerto con su escuadra, habria tenido término aquella guerra y todos se habrian puesto fuera del alcance de infinitos males; pero bien sea que antepusiese á todo bien privado y comun el mantenerse fiel á Sila, ó bien que no quisiese dar oídos á un hombre abominable como Fimbria, manchado por disputa de mando con la sangre de un General y amigo suyo; ó bien finalmente que por disposicion superior se hubiera reservado para sí á Mitridates, manteniendo en vida á este antagonista, lo cierto es que no condescendió. Asi le proporcionó á Mitridates el poder evadirse por mar, y burlarse de todo el poder de Fimbria; y él entonces lo primero que hizo fue batir y destrozar las naves del Rey que se habian aparecido en el promontorio Lecto de la Troade; y despues viendo que Neoptolemo navegaba con mayor aparato por la parte de Tenedos, se adelantó alla él solo, montando una galera Rodia de cinco órdenes, de la que era capitán Demágoras, hombre muy adicto á los Romanos, y muy ejercitado en los combates navales. Movió Neoptolemo con grande ímpetu, y como diese orden al timonero de que dirigiera para un fuerte choque, temiendo Demágoras

el peso de la nave real y la punta de su bronceado espolon, no se atrevió á oponérsele de proa, sino que dando prontamente la vuelta, maniobró para que el choque fuese por la popa, con lo que el golpe que por aquella parte recibió fue sin daño alguno, por haber recaído en la parte de la nave metida en el agua. Llegaron en esto los suyos, y dando orden Luculo para que su nave se volviese de frente, despues de haber ejecutado hazañas dignas de memoria, obligó á huir á los enemigos, y se puso en persecucion de Neoptolemo.

Uniéndose desde alli con Sila en el Quersoneso, cuando ya este se proponia regresar, le proporcionó un viage seguro y trasportes para el ejército. Como despues de hechos los tratados y de retirado Mitridates al Ponto Euxino, hubiese Sila impuesto al Asia veinte mil talentos, parece que fue para las ciudades un alivio de la severidad y aspereza de Sila el que en un encargo tan duro y desagradable se les mostrase Luculo, no solamente íntegro y justo, sino tambien afable y benigno. A los de Mitilene que se habian pasado al otro partido, tenia determinado guardarles cierta consideracion, y que fuera suave el castigo por lo que habian hecho en favor de Mario; pero hallándolos irreducibles, marchó contra ellos, y vencióndolos en batalla, los encerró dentro de sus murallas. Habiales puesto sitio; pero de dia y muy á su vista navegó para Elea; y volviendo despues sin ser visto ni advertido, se puso cerca de la ciudad en asechanza; y como los Mitileneos saliesen sin orden y sumamente confiados á apoderarse de un campamento que suponian abandonado, cayendo sobre ellos, hizo prisioneros á la mayor parte, y de los que se defendieron mató unos quinientos, habiendo sido seis mil los cautivos, é inmenso el botín que les tomó. Asi detenido en el Asia, por una disposicion al parecer divina, para desempeñar estos encargos,

ninguna parte tuvo en los muchos y diversos males con que Sila y Mario affigieron entonces á los habitantes de toda la Italia; y sin embargo no mereció á Sila menor aprecio que los demas de sus amigos; antes le dedicó por afecto, como hemos dicho, la obra de sus comentarios, y al morir le nombró tutor de su hijo, no haciendo cuenta de Pompeyo; lo que parece haber sido el primer motivo de desavenencia y de zelos entre estos dos jóvenes, inflamados igualmente del deseo de gloria.

Poco despues de la muerte de Sila en la Olimpiada ciento y setenta y seis fue nombrado Cónsul con Marco Cota; y habiendo muchos que trataban de remover la guerra Mitridática, dijo Marco que no estaba dormida, sino sondormida solamente; por lo cual como en el sorteo de las provincias le hubiese cabido á Luculo la Galia Cisalpina, lo sintió vivamente, porque no podia ofrecer ocasion para grandes empresas. Mortificábale sobre todo el que Pompeyo iba ganando en España una aventajada opinion, y podia tenerse por cierto que si daba glorioso término á la guerra Española, al punto se le nombraria General contra Mitridates. De aqui es que pidiendo este caudales, y escribiendo que sino se le facilitaban, abandonaria á la España y á Sertorio, pasando á la Italia con todas sus fuerzas, Luculo contribuyó con el mayor empeño á que se le enviasen, para quitar aquel motivo de que volviese durante su consulado, no dudando de que en la ciudad todo estaria á su devocion si en ella se presentase con un ejército tan poderoso. Ademas de que Cetego, árbitro entonces del gobierno, no por otra causa sino porque en cuanto hacia y decia no llevaba otra mira que la de complacer, estaba particularmente enemistado con Luculo, por cuanto este habia desacreditado su conducta cubierta de amores inhonestos, de liviandad, y de toda especie de desórdenes. A este pues le hacia guer-

ra abierta; á Lucio Quincio, otro de los demagogos declarado contra las providencias de Sila, y que estaba dispuesto á turbar todo el orden establecido, ora mitigándole en particular y ora advirtiéndole en público, logró apartarle de aquel propósito, y sosegó su ambicion manejando política y saludablemente el principio de un gravísimo mal.

Vino en esto la noticia de haber muerto Octavio, que gobernaba en la Cilicia; y siendo muchos los que aspiraban á aquella provincia y que por tanto hacían la corte á Cetego, como que era el que habia de tener el mayor influjo para conferirla, Luculo por la Cilicia misma no hubiera hecho gran diligencia; pero echando cuenta con que si la alcanzaba, hallándose cerca la Capadocia, ninguno otro seria enviado á la guerra contra Mitridates, no dejó piedra por mover para que no le fuese arrebatada por otro la provincia; y aun compelido de esta necesidad, pasó contra todo su genio por una cosa nada decente ni laudable, aunque sí muy útil para su objeto. Habia entonces una tal Precia de nombre, de las mas celebradas en la ciudad por su belleza y cierta gracia, sin que en lo demas se diferenciase mucho de las otras que ejercian su infame profesion. Solia valerse de los que la frecuentaban y tenian trato con ella para los negocios y solicitudes de sus amigos; con lo que añadiendo á las demas dotes la de parecer buena y diligente amiga, alcanzó bastante influjo. Sobre todo cuando logró atraer y tener por su amante á Cetego, que era el de mas nombre y el que todo lo podia en la ciudad, entonces puede decirse que se pasó á ella todo el poder; porque nada se hacia en la república sin que Cetego lo dispusiese y sin que Precia lo obtuviera de Cetego. Ganándola pues Luculo con dádivas y agasajos (ademas de que para una muger vana y orgullosa era ya grande premio el que la vieran interesada por Lucu-

lo), tuvo ya este á Cetego por su panegirista y por su agente para alcanzar la Cilicia. Una vez conseguida, ya no hubo menester para nada ni á Precia ni á Cetego, sino que todos á una pusieron en su mano la guerra Mitridática, como que no habia otro que pudiera administrarla mejor: hallándose todavia Pompeyo enredado en la guerra con Sertorio, y no estando ya Metelo para tamaña empresa á causa de su edad, que eran los dos únicos que podia tener Luculo por dignos ribales para aquel mando. Con todo su colega Cota obtuvo á fuerza de instancias del Senado que se le enviara con una escuadra á defender la Propóntide y proteger la Bitinia.

Luculo, teniendo consigo una legion ya formada, partió con ella al Asia, donde se entregó de las demas tropas que allí existían; las cuales todas estaban corrompidas con el regalo y la codicia; y ademas las llamadas Fimbrianas, por la costumbre de la anarquía y el desorden, habian perdido enteramente la disciplina; porque estos mismos soldados eran los que con Fimbria habian dado muerte á Flaco, Cónsul y General, y los que despues habian puesto á Fimbria en manos de Sila: hombres insubordinados y violentos, aunque por otra parte buenos militares, sufridos y ejercitados en la guerra. Con todo Luculo en muy breve tiempo supo contener la insolencia de estos, y traer á los otros al orden; pues segun parece hasta entonces no habian servido bajo el mando de un verdadero General, sino que se les habia lisongeado y dejado hacer su gusto para mantenerlos en la milicia. Por lo que hace á los enemigos, su estado era el siguiente: Mitridates, á la manera de los sofistas, al principio ostentoso y hueco, se habia presentado contra los Romanos con unas tropas endebles en sí, aunque brillantes y de grande pompa á la vista; pero despues de vencido y escarnecido, con este escarmiento cuando hubo

de volver á la lid, ya ordenó y dispuso su ejército de manera que pudiera obrar y le fuese útil: porque removiendo de él la muchedumbre indisciplinada de gentes, aquellas amenazas de los bárbaros, hechas en diferentes lenguas, y el aparato de armas doradas y guarnecidas con piedras, mas propias para ser despojo del enemigo que para fortalecer al que las lleva, adoptó la espada Romana; entretejió escudos espesos y fuertes; cuidó mas de que los caballos estuvieran ejercitados, que de presentarlos galanos; y de este modo formó en hueste Romana ciento veinte mil infantes y diez y siete mil caballos, sin contar los cuatro de cada carro falcado; siendo estos en número de ciento; con lo cual, y con hacer que las naves no estuvieran adornadas de pabellones de oro y de baños y cámaras deliciosas para mugeres, sino pertrechadas mas bien de armas, de dardos y de toda especie de municiones, vino sobre la Bitinia, recibiendo otra vez con gozo las ciudades; y no solo estas, sino el Asia toda, que habia vuelto á experimentar los males pasados, por haberla tratado de un modo intolerable los exactores y alcabaleros Romanos; á los cuales Luculo echó de allí mas adelante como harpías que devoraban los mantenimientos; aunque por entonces se contentó con procurar hacerlos mas moderados á fuerza de amonestaciones, al mismo tiempo que sosegaba las inquietudes de los pueblos, pues para decirlo así, no habia uno que no anduviese agitado y revuelto.

El tiempo que Luculo dedicaba á estos objetos, tuvo Cota por ocasion favorable para pelear con Mitridates, á lo que se preparó; y como por muchos se le anunciase que Luculo estaba ya de marcha con su ejército en la Frigia, pareciéndole que nada le faltaba para tener el triunfo entre las manos, á fin de que Luculo no participase de él, se apresuró á dar la batalla. Mas derrotado á un mismo tiempo

por tierra y por mar, habiendo perdido sesenta naves con todas sus tripulaciones y cuatro mil infantes; encerrado y sitiado en Calcedonia, tuvo que poner ya en Luculo su esperanza. Habia quien incitaba á Luculo á que sin hacer cuenta de Cota, fuera mucho mas adelante para tomar el reino de Mitridates mientras estaba indefenso: este era sobre todo el lenguaje de los soldados, los cuales se indignaban de que Cota no solo se hubiera perdido á sí mismo por su mal consejo, sino que ademas les fuese á ellos un estorbo para vencer sin riesgo; pero arregándoles Luculo, les dijo, que mas queria salvar del poder de dos enemigos á un Romano, que tomar todo cuanto pudieran tener aquellos. Asegurábale Arquelao, General en la Beocia de Mitridates, pero que despues se habia pasado á los Romanos y militaba con ellos, que con dejarse ver Luculo en el Ponto seria inmediatamente dueño de todo; mas respondióle que no habia de ser él mas tímido que los cazadores, para que teniendo las fieras á la vista se hubiera de ir á perseguir sus madrigueras; y en seguida movió contra Mitridates con treinta mil infantes y dos mil y quinientos caballos. Puesto ya á vista de los enemigos, admirado de su número, determinó evitar la batalla y ganar tiempo; pero presentándosele Mario, General que habia sido por Sertorio enviado desde España con tropas en auxilio de Mitridates, y provocándole, se mantuvo en orden como para dar batalla; y cuando apenas faltaba nada para trabarse el combate, de repente, sin mutacion ninguna visible, se rasgó el aire, y se vió un cuerpo grande inflamado caer entre ambos ejércitos, siendo en su figura semejante á una tinaja y en su color á la plata candente; lo que puso miedo á unos y á otros, y los separó. Dícese que este suceso ocurrió en la Frigia, en el sitio llamado Otrias. Luculo, reflexionando que no podia haber prevenciones ni riquezas que bastasen á

mantener por largo tiempo tantos millares de hombres como Mitridates tenia reunidos, mandó que le trajesen á uno de los cautivos, y lo primero que supo de él fué quantos camaradas eran en su tienda; y despues quantos víveres habia dejado en ella: luego que le respondió, hizo que se retirara, y del mismo modo mandó comparecer al segundo y tercero &c. Multiplicando luego la cantidad de provisiones por el número de los que las consumian, halló que á los enemigos no les quedaban víveres mas que para tres ó quatro dias; por lo cual resolvió con mas justa razon ir dando tiempo, y acopió en su campamento quantos víveres pudo recoger para acechar, estando él sobrado, el momento de escasez en los enemigos. En esto Mitridates armó lazos á los de Cicico, maltratados ya de la batalla de Calcedonia; en la que habian perdido trece mil hombres y diez naves; mas queriendo que no lo entendiese Luculo, movió desde la cena una noche oscura y lluviosa, y se apresuró á poner su campamento al mismo rayar el dia enfrente de la ciudad, junto al monte de Adrastia. Habiéndolo llegado á saber Luculo fue en su seguimiento, y teniéndose por contento con no dar despercibido en manos de los enemigos, fijó sus reales en un territorio llamado Tracia, y en sitio perfectamente puesto respecto de los caminos y pueblos por donde y de donde necesariamente habia de surtirse de víveres Mitridates. Por tanto comprendiendo ya en su ánimo lo que habia de suceder, no usó de reserva con sus soldados; sino que acabado de establecer el campamento, y fenecidas las obras, los reunió sin dilacion; y arengándoles, les anunció con grande regocijo que en breves dias, sin necesidad de derramar sangre, les daría la victoria. Mitridates poniendo por tierra en derredor de Cicico diez campamentos, y cerrando por la mar con naves el estrecho que separa la ciudad del continente, sitiaba por

una y otra parte á los habitantes; alentados y resueltos por todo lo demas á sufrir los mayores trabajos por amor de los Romanos; y solamente inquietos por no saber dónde paraba Luculo; y eso que le tenían al frente y bien á la vista; pero los de Mitridates los engañaron: porque mostrándoles á los Romanos que tenían ocupadas las alturas, ¿veis aquellos? les dijeron; pues es el ejército de los Armenios y los Medos, enviado por Tigranes á Mitridates para darle auxilio. Sobrecogiéronse entonces al ver sobre sí tan formidable aparato de guerra, perdiendo hasta la esperanza de que aun cuando sobreviniese Luculo le quedara lugar por donde socorrerlos. Con todo Arquelao les envió á Demonacte y este fué el primero que les anunció hallarse á la vista Luculo. No queriendo darle crédito, por parecerles que aquella noticia la habia inventado para no dejarlos sin algún consuelo, llegó oportunamente un joven que estando cautivo habia podido fugarse. Preguntáronle donde estaba Luculo; y él se echó á reír, creyendo que se burlaban; mas quando vió que iba de veras, les mostró con el dedo el campamento de los Romanos, con lo que nuevamente cobraron ánimo. Al mismo tiempo estando la laguna Dascilitide llena de lanchas bastante capaces, hizo Luculo traer una á la orilla, y tirándola despues con uu carro hasta el mar, colocó en ella quantos soldados cupieron; y haciendo estos la travesía de noche, entraron en la ciudad sin que lo entendiesen los enemigos.

Hasta con prodigios fueron los de Cicico alentados por los Dioses, como complaciéndose de su valor, habiendo ocurrido entre otros el de que venida la fiesta de Proserpina les faltaba para el sacrificio la vaca negra, y formando una de harina, la pusieron sobre el ara; pero la vaca sagrada, que se habia criado destinada para la Diosa, y que con los demas ganados de los de Cicico estaba pastando á la parte

de afuera, en aquel mismo dia separándose de la manada se fue corriendo sola á la ciudad, y se presentó por sí misma al sacrificio. Aparecióse asimismo la Diosa entre sueños á Aristágoras, maestro de niños del pueblo, » y yo tambien vengo, le dijo, trayendo al flautista Africo contra el trompetero Pontico: di pues á los ciudadanos que tengan ánimo.» Maravilláronse los Cicicenos del aviso, y al amanecer se mostró ya el mar alterado, levantándose un viento incierto. A su primer soplo las máquinas del Rey, obras admirables del tesaliano Nicónidas, arrimadas á los muros, con la agitacion y el ruido anunciaron lo que iba á suceder; y luego dominando un austro de una fuerza increíble, en un momento destrozó todas las demas máquinas, y con el sacudimiento hizo tambien pedazos una torre que habia de madera. En Ilio se refiere haber sido Minerva vista por muchos entre sueños cubierta de sudor y rasgado el pepló, diciendo que entonces mismo venia de ayudar á los Cicicenos; y los Ilienses mostraban una columna que contenia los decretos é inscripciones relativas á este asunto.

A Mitridates, mientras que fascinado por sus Generales no echó de ver el hambre que afligia á su ejército, le mortificaba el que los Cicicenos fuesen esquivando los efectos del sitio; pero despues repentinamente decayó de su ambicion y de su orgullo, cuando se enteró de las privaciones de sus soldados, que llegaban hasta el extremo de comer carne humana; porque Luculo no hacia la guerra galanamente y por ostentacion, sino, como dice el proverbio, encaminándola al vientre y poniendo el mayor esmero en que por ninguna via pudieran llegarles víveres. Hallábase este ocupado en sitiar una fortaleza; y como se apresurase Mitridates á aprovechar la ocasion, y enviase á la Bitinia casi todos los de caballería con los trenes, y de la infantería los inutilizados, llegán-

dolo á entender Luculo, regresó en aquella misma noche al campamento; y á la mañana, sin embargo de hacer muy mal dia, llevando consigo diez cohortes y la caballería se puso en su persecucion, moviéndose, y con gran incomodidad, tanto que muchos de los soldados cediendo al frio se le quedaron por el camino; pero con los otros alcanzó á los enemigos á las inmediaciones del rio Rundaco, y causó en ellos tal destrozo, que las mugeres que habian acudido de Apolonia saquearon el bagage, y despojaron á los muertos. Siendo estos muchos, como se deja conocer, tomó seis mil caballos é innumerable muchedumbre de acémilas, cautivando todavía quince mil hombres, y á todos estos los presentó delante del campamento de los enemigos. No puedo menos de maravillarme de que diga Salustio que entonces vieron los Romanos camellos por la primera vez, no considerando que ya antes los habian de haber visto los que con Escipion vencieron á Antioco, y los que recientemente habian combatido con Arquelao junto á Orcomene y Queronea. Teniendo ademas Mitridates determinado huir con precipitacion, procuraba poner á Luculo estorbos y dilaciones á la espalda; para lo que despachó al capitan de navío Aristonico al mar de Grecia; pero en el mismo momento de hacerse á la vela se apoderó de él Luculo, y de diez mil aureos^r que llevaba consigo, con el objeto de sobornar alguna parte del ejército Romano. En tanto Mitridates huyó hácia el mar, y los Generales conducian el ejército; mas sorprendiólos tambien Luculo junto al rio Granico, y cautivó á la mayor parte, habiendo dado muerte á unos veinte mil. Dícese pues que de tantos millares de hombres como habian venido, asi de los de guerra como de las demas clases fue

El aureo Romano era la cuarta parte de una onza de oro.